

## Capítulo 588 La Muerte de Asgard: Parte VI

Es muy fácil perder la noción del tiempo cuando uno está inmerso en una tarea concreta.

Los minutos se convierten en horas, las horas se convierten en días y los días se convierten en noche; todo sin problemas y sin perder la concentración.

Todo lo que puedes hacer es concentrarte con paciencia mecánica, mientras realizas la tarea que tienes delante lo mejor que puedes.

Esto es exactamente lo que Abaddon estaba pasando ahora.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado quemando el ejército de Einherjar.

¿Horas...? No, probablemente fueron días.

Realmente no se vislumbraba el fin del ejército.

Ir en contra de cada alma guerrera, que alguna vez descansó dentro del Valhalla, era una hazaña impensable de intentar llevar a cabo.

Si Abaddon todavía fuera una amalgama ilimitada de conceptos, con energía ilimitada, podría luchar esta batalla hasta quedar azul.

Pero como más del 70% de su energía residía en casa, empezaba a sentirse cansado.

Y no el cansancio mental habitual, que surge naturalmente cuando tienes diez esposas y diez hijos.

Era un agotamiento físico que no había sentido en... Dios sabe cuánto tiempo.

Pero, aunque sus músculos habían comenzado a gritarle que descansara, ignoró a su cuerpo.

Esta decisión suya no surgió de un sentimiento de arrogancia ni de soberbia, sino más bien de un sentimiento de necesidad.

Si no lo hacía él, entonces ¿quién?

Si no ahora ¿cuando?

Los ocho dragones que formaban Abaddon de repente dejaron de escupir ese extraño fuego negro suyo y giraron sus cuerpos en direcciones similares.



Una vez que todos sus hocicos estuvieron uno frente al otro, los dragones abrieron bien sus bocas y enfocaron las ráfagas hacia un solo punto en el cielo.

Los rayos se fusionaron al cruzarse y formaron un pequeño sol ardiente en el cielo.

Una vez que la masa de llamas alcanzó un tamaño óptimo, incluso desarrolló su propia atracción gravitacional.

El sol comenzó a atraer a los einherjar en masa, desplazándolos contra su voluntad y sumergiéndolos en la antiestética llama.

Mientras los que estaban más cerca se quemaron inmediatamente y fueron borrados, sin pensarlo dos veces, el sol de repente se compactó antes de estallar en una explosión apocalíptica.

Un número incontable de flechas negras en llamas cayeron sobre el ejército en una formación extendida.

Mientras los soldados eran empalados, emitían aullidos insoportables de dolor, mientras sus cuerpos literalmente comenzaban a desintegrarse ante los ojos de todos.

A pesar de que sus compañeros los estaban mirando hace segundos, y tenían varias vidas con recuerdos de beber y divertirse en los pasillos del Valhalla; un solo parpadeo fue todo lo que se necesitó antes de que los olvidaran para siempre.

-Está bien... Debería cambiar el ritmo ahora.

De repente, Abaddon se reformó, hasta recuperar su apariencia normal y debilitada.

Dejándose caer por el aire por su propia voluntad, extendió sus manos y creó una variedad de cuchillos arrojados en cada mano.

Con precisión experta, los arrojó por el aire y golpeó a los Einherjar en el centro, como si fuera la cosa más fácil del mundo.

Moviéndose tan rápido, que era imposible seguir sus manos, repitió esta acción un total de exactamente 212 veces, antes de finalmente aterrizar de espaldas en un montón de nieve roja.

Suspirando, se tomó un momento para pensar en los próximos pasos por primera vez en cinco días.

Después de todo su trabajo, el ejército no parecía haberse reducido.

Miles de millones de nuevas almas ahora descansaban dentro de su olvido, y él no tenía absolutamente nada significativo que mostrar a cambio.



El tiempo se ralentizó para él, mientras yacía en la nieve, y aceleró su capacidad de pensamiento para idear algún tipo de nueva dirección de ataque.

Y como era de esperar, no tardó mucho en encontrarlo.

'Me pregunto... Si destruyo el propio Valhalla, ¿qué pasará con todos ustedes?'

Con un nuevo plan en mente, Abaddon se puso de pie de nuevo y creó dos grandes hachas negras para sostener en cada mano.

'Ahora... vamos a abrir una...'

*¡Mmm!*

Milagrosamente, una enorme columna de luz azul brillante apareció dentro del campo de nieve infernal.

Los ojos de Abaddon se entrecerraron, mientras daba un paso atrás con cautela.

Antes de que la columna se hubiera dispersado por completo, un rayo blanco del tamaño de un rascacielos se disparó hacia Abaddon.

"..." Una mirada oscura y desinteresada se formó en su rostro, mientras golpeaba el rayo a un lado con una de sus hachas; redirigiéndolo y causando involuntariamente una explosión cuatro veces el tamaño de cualquier explosión nuclear.

"Bueno... Me hace bien ver que, después de todo, necesitaré más tiempo para prepararme. Temí lo peor".

Cuando la columna de luz finalmente se dispersó, Abaddon pudo ver el elenco repleto de estrellas que estaba reunido.

De pie frente a él, mezclados con los interminables Einherjar, había una variedad de dioses de una miríada de panteones principales.

Así como sus ejércitos.

Griegos, aztecas, sintoístas, babilónicos, mesopotámicos, xhosa, egipcios... la lista seguía y seguía.

Pero quizá el único panteón que no vio fue el hindú.

'Extraño...'

De pie frente al ejército estaban nueve de los doce olímpicos, junto con Hades.

Todos eran todo un espectáculo para la vista, pero había uno que sobresalía por encima del resto.



Describir el aura del rey del Olimpo es difícil.

Como gobernante de los cielos y los truenos, era casi omnipresente, encarnaba una amenaza muy real, similar a un desastre natural de proporciones cataclísmicas.

Dentro de sus brillantes ojos blancos, estaba claro que veía que todo lo que había debajo del cielo estaba por debajo de su tiempo, atención y paciencia.

Abaddon lo encontró repulsivo, incluso antes de abrir la boca.

"Llegas tarde..." Odín apareció junto a Zeus en un destello de luz; su cuerpo todavía magullado y horriblemente golpeado.

Era evidente que la única razón por la que podía moverse era gracias al bastón que lo mantenía en posición vertical.

"...Parece que fracasaste miserablemente al intentar vencerlo", murmuró Zeus.

"Estaré bien sin tus observaciones, dios del trueno. Si no hubiera tenido que enfrentarme a él solo, sin duda me habría ido mejor".

Un dios masculino, con cabello rubio brillante, del color del oro tejido, se rió audiblemente sin intención de fingir modales.

—¡Espero que al menos hayas aprendido algo interesante a cambio de todos esos golpes en tu cabeza! ¿Quizás incluso hayas devuelto algo a cambio? — preguntó Apolo.

Los dioses miraron a Abaddon, que estaba nuevamente sentado con las piernas cruzadas en un campo de nieve ensangrentada; mirándolos fijamente.

El dragón no tenía ni un solo rasguño en todo su cuerpo.

Su traje marcial negro no tenía ni un desgarró, ni una rasgadura, ni siquiera una mancha.

La única evidencia de que había estado luchando estaba en el vapor que salía de su cuerpo hacia el aire frío.

Incluso para la encarnación de la sexualidad, la vista era peligrosamente atractiva.

"...¿De verdad debemos matarlo?" Xochiequetzal, una hermosa diosa azteca del tejido y la sexualidad, ya tenía un total de cinco maridos de su propio panteón.

Y ahora, miraba a Abaddon como si estuviera a punto de ser su número seis.



Siendo una seductora tan infame, estaba casi segura de que podría encontrar una solución pacífica a todo este conflicto; todo lo que necesitaba era una habitación cerrada y una botella de lubricante.

Y la habitación era opcional la verdad...

Zeus miró a la diosa de cabello negro, como si estuviera pensando en darle un revés. "¿Te atreverías a intentar conspirar con nuestro enemigo cuando yo esté a la vista?

Estoy casi decidido a enviarte al más allá con él después de que todo esto termine..."

"Después...?"

La voz de Abaddon era tan tranquila como un susurro, pero llegó a los oídos de los dioses como un rugido.

Para aquellos que nunca lo habían escuchado, el sonido de su voz tan cerca de sus oídos, era casi tan fuerte como la primera dosis de una droga dura.

Era único en su encanto y majestuosidad, y sin importar lo que dijera, uno quería oírle hablar durante años.

Incluso si lo que estaba diciendo era de naturaleza horrible.

"Encuentro tus palabras... de mal gusto... irreflexivas... e imprudentes. Ahora que todos habéis llegado aquí por propia voluntad, para oponeros a mí, no habrá nada después.

Soy el olvido. Desde el momento en que surgisteis o fuisteis conceptualizados, todos estabais destinados a volver a mi abrazo sofocante algún día de vuestros futuros anodinos.

Se os dio la oportunidad de evitar mi llegada, pero escupisteis cuando os ofrecí mi mano.

Y ahora, vuestra estúpida cruzada contra lo inevitable, os ha traído ante mí aún más pronto, sin cambiar nada de lo que iba a suceder y acelerando vuestra eliminación.

No ofrezco más oportunidades para la paz. Hoy, todos los que se encuentran en Asgard se unirán a los olvidados. Tal como lo prometí, así será.

Abaddon se levantó de nuevo, después de un rápido descanso, y todos los dioses presentes dieron un paso atrás una vez.

Aunque le faltaba gran parte de su poder, la segunda activación del pecado del orgullo le había dado un aura físicamente imponente, que al menos podía imitar todo su poder; incluso si no era exacto.





Levantó sus hachas sobre sus hombros y comenzó a cargar hacia adelante y a iniciar la masacre.

"No... no creo que lo haga."

De repente, Poseidón dio un paso adelante; un tridente dorado en una mano y cinco esferas brillantes en la otra.

Abaddon no tuvo que preguntar qué eran, y sus ojos ardían rojos para indicar el hecho de que no estaba feliz.

"Dicen que la fuente de todos los dragones cuida de cada uno de los dovah como si fueran suyos. Carne de tu carne y sangre de tu sangre, ¿estoy en lo cierto?"

Entonces seguramente no querrías que las almas de tus propios parientes de sangre perdieran la oportunidad de una vida después de la muerte, ¿verdad?

Abaddon recordó a dos personas en ese momento.

El primero fue su abuelo, Helios.

Era un anciano cascarrabias, con el que Abaddon no siempre estaba de acuerdo, pero había una cosa en la que estaban completamente de acuerdo.

Ambos preferirían morir antes que ser utilizados como moneda de cambio por un enemigo indigno.

La segunda persona que recordó fue Deméter.

Abaddon no podía darle el tipo de amor que ella quería, pero realmente la amaba inmensamente.

Al recordar la historia entre ella y Poseidón, que le había confesado dolorosamente, la ira de Abaddon rompió un nuevo umbral.

"Tú... ¡Tú morirás primero..!"

Después de cinco días de luchar sin cesar, Abaddon finalmente había recuperado un poco de magia.

No fue casi nada, pero fue suficiente para que pudiera lanzar al menos un hechizo.

Y resultó que tenía en mente la opción perfecta dada la situación actual.

Abaddon ciertamente podría haber intentado luchar contra todos estos dioses por sí solo, pero simplemente no creyó que fuera inteligente, dada la cantidad de planificación que se requirió para esta emboscada.

Sin duda tenían una sorpresa escondida esperándole.



Entonces necesitaba ayuda.

Pero Abaddon era extremadamente particular, por lo que sólo pudo pensar en una persona que serviría.

El cielo sobre sus cabezas y el suelo bajo sus pies se volvieron irremediamente oscuros; como mirar las profundidades más lejanas de una cueva con los ojos cerrados.

Una puerta gigante de madera muy familiar apareció directamente al lado de Abaddon y se abrió a su orden.

Apareció un hombre al que casi nadie reconoció.

Era un hombre grande, de 6'7 de estatura, pero aún así estaba por debajo de Abaddon, de 7'.

Su cuerpo era increíblemente musculoso y poderoso, y su piel bronceada estaba cubierta por una mezcla uniforme de tatuajes demoníacos de color rojo oscuro y viejas heridas.

Dos grandes cuernos demoníacos sobresalían de su cabeza de pelo naranja intenso, y una cola corta, pero ágil, se balanceaba detrás de su espalda.

El extraño inhaló profundamente y abrió sus brillantes ojos amarillos, para contemplar la gloriosa y pronto sangrienta escena que lo rodeaba.

"Este..."

Abaddon sonrió.

"Soy consciente de que todavía queda mucho por hacer, pero por ahora eso tendrá que esperar. Espero que la destrucción de tú alma no haya obstaculizado tu ansia de batalla, tío".

Satanás, el primer pecado de la ira, sonrió como una bestia salvaje al ver tanta presa parada frente a él.

Extendió sus manos hacia el cielo, casi en un gesto de oración, y expresó su alegría en voz alta, para que todos la oyeran.

"¡Qué día tan glorioso... ¡¡QUÉ DÍA MARAVILLOSO!!"

